

# MARE INCOGNITO





**Bernard Moitessier**

Y yo lloraba, con la mejilla apoyada en la hermosa roda, desprovista de vida y oliendo todavía a sal, aceite de madera y aventura.

Lloraba por mis recuerdos, mis libros, la pérdida de este mundo sin límites, hecho de sueños y de acción, en el cual me había fundido de una manera tan integral que no podía imaginar, entonces, que pudiera existir otro.

Pero, por encima de todo, lloraba por mi barco.

La marea siguiente le arrastraría al océano sin arrecifes del paraíso de los veleros. Doce horas después del naufragio no subsistía vestigio alguno del *Marie-Thérèse*: ni tablas, ni una cuaderna, ni siquiera un pedazo de quilla, la corriente se lo había llevado todo.

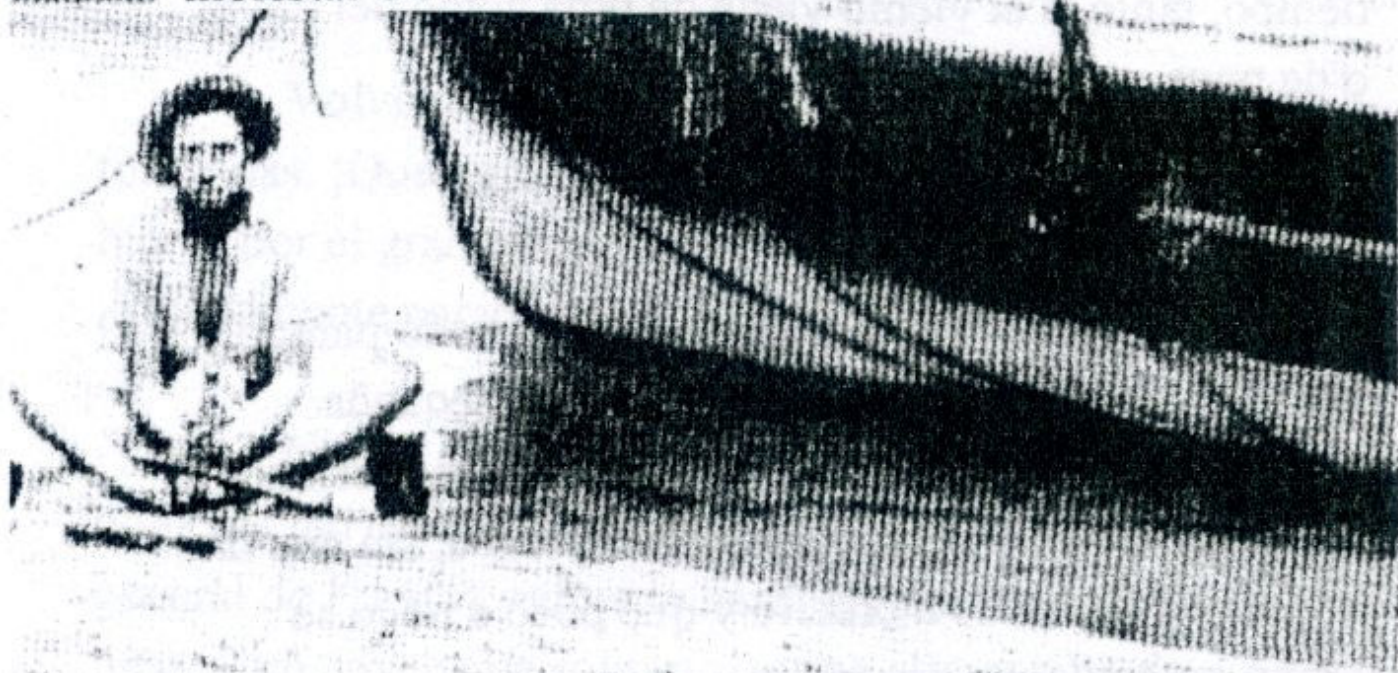
Nada me irrita más que el no poder aprovechar plenamente un viento favorable. Tendré que mirar de arreglar las cosas a partir de Durban.

Pues, al fin y al cabo, navegar es estupendo, pero hace falta también poder vivir un poco... y tener al menos tiempo para poder leer, soñar, cocinar o no hacer nada sin tener un ojo clavado en el compás.

En cuanto al tabaco, probablemente constituirá siempre una parte del equipo indispensable a bordo de mis barcos, presentes o futuros, y le debo reconocimiento por lo que me ha permitido aguantar a veces.

Pero no se puede tenerlo todo a bordo. Al menos, no al principio, a menos de quedarse mucho tiempo en tierra para prepararse minuciosamente (y corriendo el riesgo de no partir nunca).

Amigos del tipo de los que puedes aparecer a bordo de su barco a cualquier hora, sin avisar y sin molestar en lo más mínimo.



Es hora de desplegar mis velas blancas a la suave brisa del sudeste, que me dice que ha llegado el momento de partir una vez más hacia esa línea del horizonte que mi barco no alcanzará nunca. Pero detrás de ese horizonte se encuentran otras tierras, otros amigos que también quisiera conocer un poco antes de tener que abandonarlos. Destino del marino, siempre insatisfecho, que cree que lo que busca está siempre más lejos, en la otra orilla...

¡Qué dulce es tomarse la vida con calma, apaciblemente, poder leer, escribir, cocinar, escuchar música o, simplemente, soñar bajo las estrellas mirando cómo se alarga, detrás del barco, la estela fosforescente dibujada por este pequeño timón maravilloso, que trabaja, sin vacilar ni poner mala cara, durante las veinticuatro horas del día, tanto si hace bueno como mal tiempo, tanto si el viento viene de proa como del través o de popa.

Una recalada impecable sigue siendo para mí una especie de misterio, algo irreal. Esta pequeña mancha azul oscuro que sale poco a poco del horizonte, en el lugar preciso por donde se la esperaba, sin que uno se atreva demasiado a creerlo y que poco a poco se define, se convierte en una isla...

Es una tontería, ya lo sé, pero no puedo evitarlo. Para mí, la cosa tendrá siempre algo de milagro: ver emerger una isla después de varias semanas en la mar por donde sólo una hora antes no se veía más que aguas, olas, nubes y la línea del horizonte, intacta, eterna. Cada vez experimento la misma mezcla de extrañeza, de amor y de orgullo ante el nacimiento de esta tierra nueva que me parece haber sido creada para mí y por mí

Y la vida de rey continúa. Nada que hacer. Una navegación de reposo total: el barco hace su trabajo sin necesitar a nadie, mientras que el hombre se dedica a sus pequeños asuntos, es decir, no hace nada, salvo lo que le gusta: leer, soñar, escribir a veces una carta, y sobre todo contemplar este dominio que le rodea, le pertenece y al cual pertenece él también, sin compartirse con nada más.

Volvemos penosamente a las cómodas tumbonas. ¡Qué agradable es una tumbona!... tres hurras por el gran perezoso que inventó esta maravilla. ¡Seguramente nació bajo el sol de los trópicos!...

Nunca, tampoco, hasta este día, que dos hombres tan diferentes como puedan serlo un cónsul general de Francia, refinado hasta las puntas de las uñas, y un navegante solitario que se alimentaba de

arroz y vivía desnudo a bordo, podían tener una óptica tan parecida respecto a la vida. Pero ¿por qué no, al fin y al cabo?

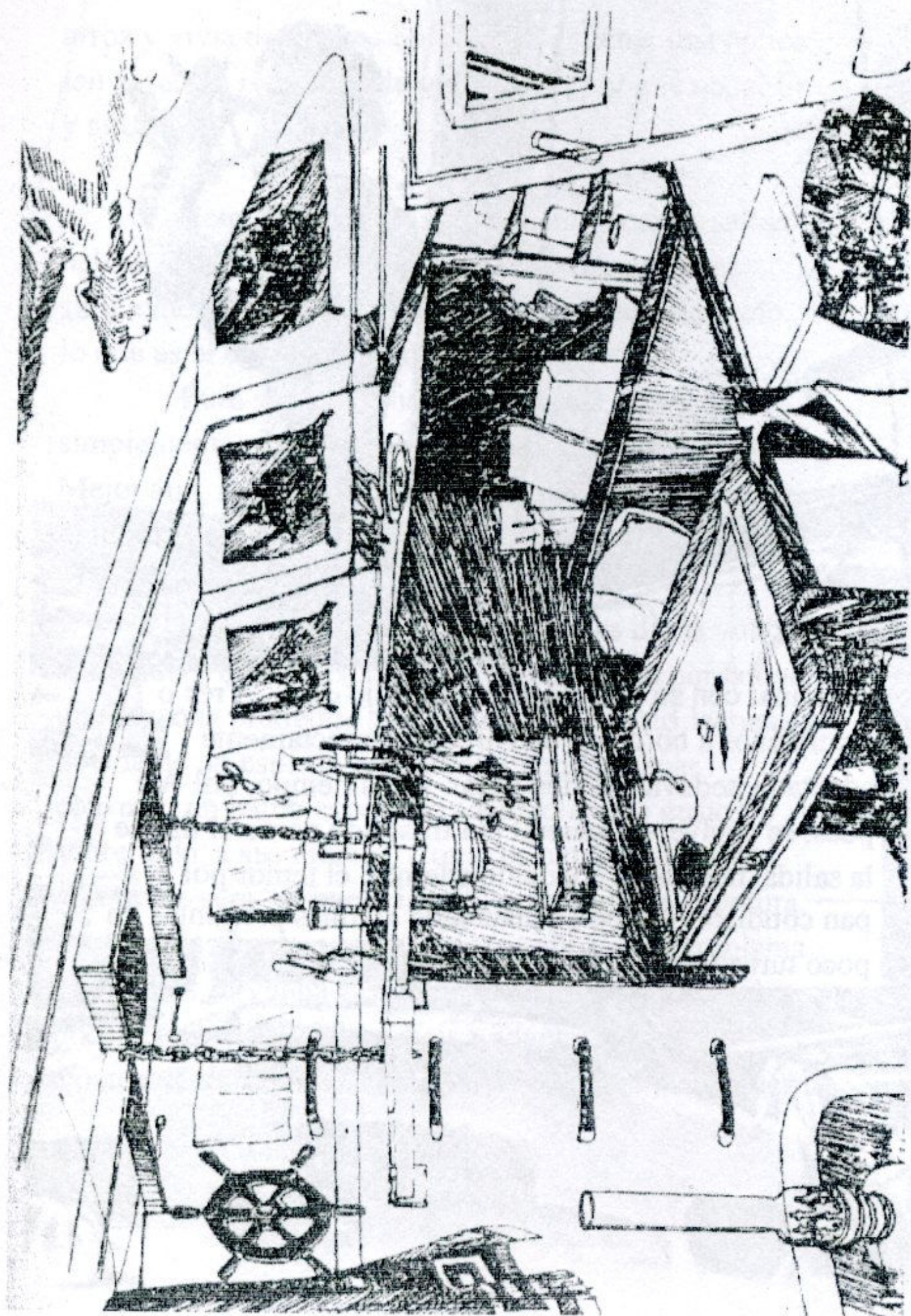
Pero, en fin: el día y la misma hora de salida habían sido fijados apresuradamente (lo que ya es suficientemente ridículo en sí), y se habían respetado lo que es el colmo de la idiotez).

Pues se zarpa cuando todo está preparado, simplemente..., sin preocuparse del día ni de la hora. Mejor aún, se zarpa cuando se “siente” que ha llegado el momento preciso de izar velas...

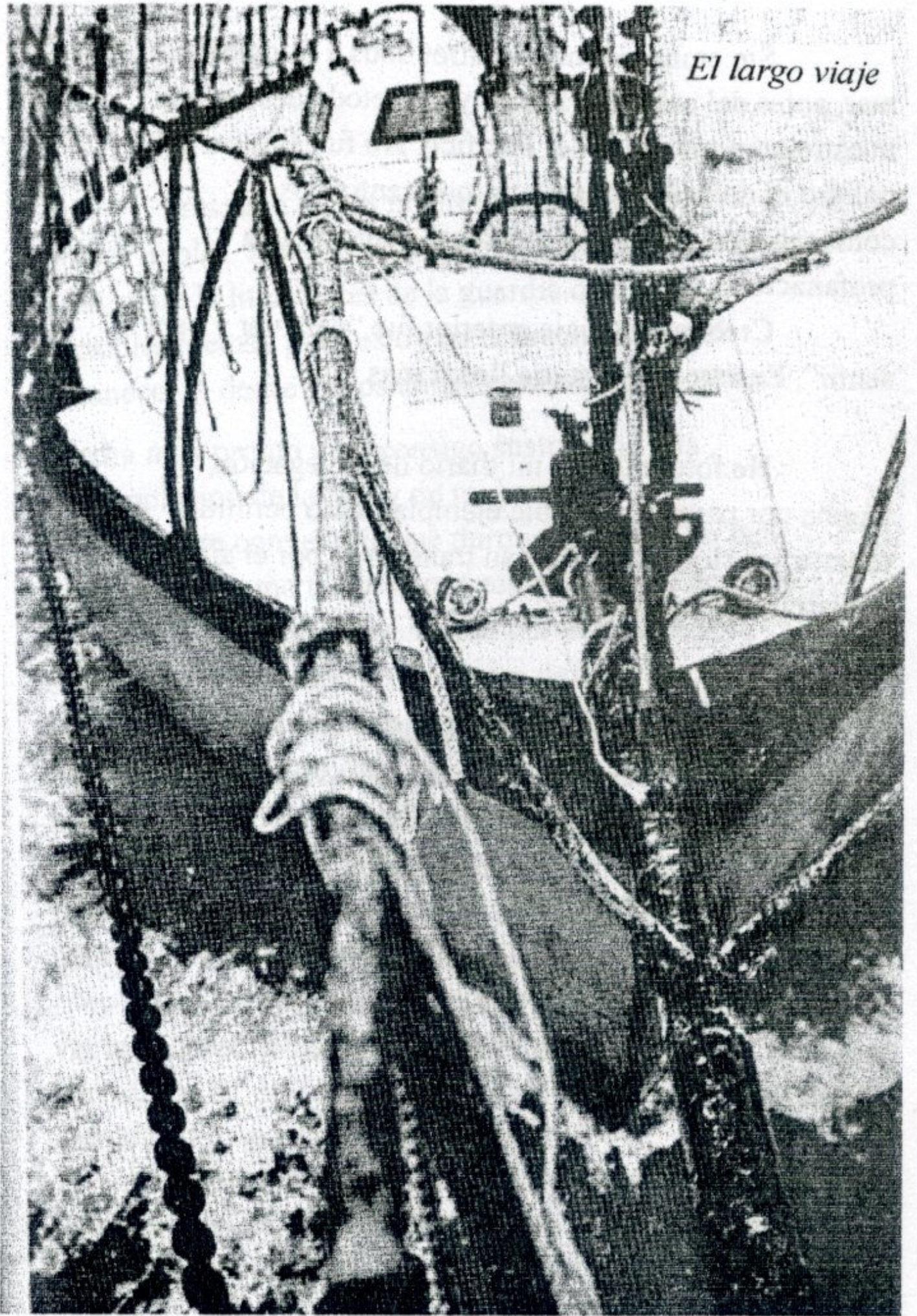
Por el contrario, si el objetivo es dar la vuelta al mundo y nada más, no hay ninguna razón por la que una persona prudente, bien informada por sus lecturas y dotada de un espíritu reflexivo, no pueda hacer construir un barco excelente adaptado a sus gustos, y sobre todo, a sus medios. Como es natural, su velero raramente será “el barco ideal”, pero como la aventura no debe durar más que unos pocos años... El problema es que tras su vuelta al mundo, nuestra persona tendrá pocas posibilidades de volver a adaptarse a su existencia de antes de la salida. Y probablemente querrá



continuar con su vida vagabunda. Sólo que... Tres o cuatro años a bordo de un barco imperfectamente adaptado, todavía pueden pasar. ¡Más tiempo, no! Así pues, se vuelve, en general tan frustrado como el día de la salida, tras haber conocido además, el temor por el pan cotidiano y haberse planteado algunas preguntas un poco turbadoras sobre el futuro.



*El largo viaje*



Sin embargo, no nos atrevimos a fotografiar el mar, antes del cabo de Hornos y sobretodo después de nuestro gran temporal del Pacífico. No fue a causa del peligro ni de la fatiga, sino porque sentíamos confusamente que hacerlo hubiera parecido una profanación.

Creo que el viaje anterior fue "para ver y para sentir". En éste me gustaría llegar más allá.

He fotografiado mi diario de navegación, página por página, en doble ejemplar. Esto permitirá repartir los riesgos durante su transbordo por el aire a la cubierta del pesquero.

De pronto, me siento fatigado. Me hace falta dormir, aunque sólo sean una o dos horas. Es curioso hasta qué punto puede la fatiga hacer que un hombre se derrumbe sin previo aviso: uno aguanta, aguanta, aguanta... y, bruscamente, se hunde. Pero esto ocurre solamente cuando todo está claro.

Enciendo la lámpara de aceite y bajo a acostarme. Todo está claro, ningún buque donde el *Joshua* cabecea.

Reposo total, ninguna decisión que tomar. El *Joshua* espera que vuelva el viento, igual que las gaviotas y los albatros posados a su alrededor sobre el mar.

Presiento que la noche será tranquila, sin golpes dobles. Debería intentar tumbarme durante una hora sobre la litera antes de la guardia de esta noche (posibles hielos), pues estoy en la brecha desde el amanecer... desde varios amaneceres. Pero el sol se pondrá muy pronto y no consigo sustraerme a la contemplación de la mar y de mi barco.

Pero convendría que durmiera a ratos, lo cual no es difícil, como también que me alimentase en serio. Me inclino demasiado fácilmente por el tabaco y el café. Como un bocado de esto, otro de aquello. Debería encontrar tiempo para unas buenas tajadas de sueño, para verdaderas comidas copiosas. Pues, en realidad, no hay mucho que hacer en un barco, ni aún para pasar el Buena Esperanza. Ni siquiera para el Hornos. Pero hay mucho que "sentir" en las aguas de un gran cabo. Y para esto hace falta todo el tiempo disponible.

Entonces, uno se olvida, lo olvida todo, para no ver más que el juego del barco con la mar, el juego de la mar alrededor del barco, descartando todo lo que no es esencial al juego en el inmediato presente.

Es necesario prestar atención, no ir más lejos que lo necesario al fondo del juego. Y esto es lo difícil.

Fuera tenemos las altas latitudes, y la mar ruge un poco con el viento del Oeste fuerza 6. Dentro, la calma y la paz de mi pequeño mundo. Fumo soñando delante del globo terrestre, regalo de mis amigos del *Damien*. Ellos salieron hacia el Norte, yo hacia el Sur. Y es lo mismo, puesto que todos nos encontramos en alta mar y en nuestro barco.

El locutor de Radio Ciudad del Cabo al que no conseguía captar desde hacía cuatro días anuncia que no habrá temporales en las costas de África del Sur. Ya lo sabía. La mar, el cielo, los albatros y los cirros, que no se han presentado, ya me lo habían dicho. Pero es bueno oírsele a una voz amiga.

No me gustan las ceremonias... pero verdaderamente tengo ganas de tomarme el champán. Y, ¡bum!..., el tapón salta.

Bebo despacio, muy despacio, y termino la botella a pequeños sorbos. La sopa de pescado hierve casi en mis venas. Me maravilla sentirme tan feliz. Me siento tan dichoso, tan en paz con el Universo entero, que me pongo a reír al subir a cubierta para una necesidad muy normal después de ingerir tanto líquido.

A las dos de la tarde he puesto arroz a cocer, pues a pesar de mi apetito no podía arrancarme a esta contemplación, cercana a la hipnosis, de mi barco hendiendo la espuma y partiendo la luz solar. El trazado de la derrota se va alargando sobre el globo terrestre del *Damien*. Buena Esperanza queda en la estela. Faltan Leeuwin y el Hornos.

No... falta sólo Leeuwin. Cada cosa en su momento, igual que en otro tiempo cuando construía el *Joshua*.

Pronto será medianoche. He dormido algunas horas, como de costumbre. El ritmo de vida en la mar no es el mismo que en tierra. En la mar me despierto casi automáticamente alrededor de la medianoche, bien fresco, para volver a dormir una hora más tarde; el tiempo suficiente para dar una vuelta por cubierta con el fin de identificarme con la medianoche y pulsar el ambiente que nos rodea. Después lío un cigarrillo sobre la mesa de derrota soñando frente al globo del *Damien*. Cuando estoy verdaderamente serio, lo aprovecho para prepararme una ración de Ovomaltina y mascar una galleta. Cuando estoy menos serio es un poco de café caliente y un segundo cigarrillo. No demasiado grueso, pues el paquete de tabaco debe durarme tres días.

Los días suceden a los días, nunca monótonos. Incluso cuando pudieran parecer exactamente iguales, de hecho no lo son nunca. Y es precisamente esto lo que da a la vida en la mar esa dimensión peculiar, hecha de contemplación y sin grandes relieves. Mar, vientos, calmas, sol, nubes, pájaros, delfines.

Café... Café... llega el alba. El Joshua deriva lentamente. Tengo los ojos menos irritados que hace un momento; mi cerebro comienza a funcionar más libremente.

Uno se cuenta historias como esta cuando está solo en el mar. A veces se cumplen.

Pronto será medianoche. La botella del cabo Leeuwin está casi vacía. Creo que estoy bebido. La sombra de la rata me resulta simpática, su mirada no deja ya traslucir la importante pregunta a la que yo no había dado la única respuesta válida. No escucho la radio desde ayer. Me empezaban a poner seriamente nervioso con su Niño Jesús. Estuve releyendo últimamente las obras de Steinbeck. A veces cerraba los ojos después de una línea, un párrafo, una página, cuando aquello había despertado en mí una resonancia particular. Tengo ahora la impresión de que los que escribieron estos libros no se expresaban solamente con palabras e ideas, sino también con vibraciones. Y estas vibraciones tienen un alcance mucho mayor que nuestras pobres palabras inventadas por los hombres.

La botella del cabo Leeuwin está vacía. Esta vez estoy bien cargado, ya que además me he bebido un par de vasos de vino. Hubiera deseado compartir todo esto con el tipo del yate neozelandés. A lo mejor él también tenía necesidad de un poco de calor en Navidad. A decir verdad, convendría que cada día fuese Navidad, así la gente acabaría por unirse para compartir la herencia.

Vamos... ¡vete a dormir!... No alcanzas ni a ver la hora que es, las agujas se confunden una con otra.

Esta mañana estoy un poco mareado. Pero no demasiado. La calma es una buena cosa. Está muy nublado. En todo caso, nadie podrá quitarme mi noche de Navidad. El viento ha vuelto; apenas se nota. Más focas. Buenos días, buenos días. El Joshua se desliza sobre la mar lisa, a cuatro nudos, rumbo al Sur.

Olvidemos todo eso.

Vivir identificado solamente con el mar y mi barco, para el mar y mi barco.

Mi salud general sigue siendo buena. Duermo, velo, me alimento, vuelvo a dormir, me despierto, leo, mantengo a menudo conversaciones a media voz conmigo mismo.

El aire está helado. Escucho. Siento en lo más hondo de mi ser, con una lucidez espantosa, que debo reducir tela, frenar, no dejarme llevar por las olas. Y al mismo tiempo siento algo en mi interior, algo que canta y que quisiera oír todavía, más lejos todavía, la gran onda luminosa sobre la cual podría nadarse por toda la eternidad. Volver al pie del mástil... volver sea como sea... no jugar más con los fantasmas de la espuma y las gaviotas y los delfines... volver cuanto antes al pie del mástil para arriar la vela mayor y mantener firmes mi barco y mi mente.

Al día siguiente supe de verdad a qué se parece el agotamiento. Un gran vacío en el que uno se lo replantea todo. Afortunadamente, estaba obligado en cualquier caso a seguir hacia el Noroeste durante unos diez días para dejar la zona de los hielos. Entonces me he puestos a la "capa moral" para dar tiempo al tiempo. De pequeño, leyendo a Monfried, aprendí este truco de la capa moral: no pensar más, no actuar, no decidir nada, dejar que pase el tiempo que lo calma todo. Un guiso, un buen guiso cuidado, mientras se charla con las cacerolas pidiéndoles montones de consejos; largas siestas, buenos libros, volver a dormir después de algunas páginas, subir tres o cuatro veces al día a lo alto del palo mayor para buscar icebergs inexistentes y contemplar la inmensidad; i yoga mañana y tarde... que olvido de vez en cuando... No pensar ni en Plymouth, ni en el Pacífico, ni en nada. Entonces, las toxinas de la fatiga abandonan poco a poco mi cerebro y el problema de la ruta a seguir no vuelve a plantearse.

Algún día tendremos minúsculos *walkie-talkies* a pilas, no más grandes que un paquete de cigarrillos, de miles de millas de alcance para que los amigos puedan comunicarse entre sí sin pasar por otros oídos... "Oye, viejo, estamos fondeados ocho barcos en un rincón verdaderamente apacible, cinco parejas que tienen cada una un hijo, las otras tres han decidido no tenerlos, pero es como si cada una de ellas tuviera cinco chavales, cinco hijos únicos, que tienen cuatro hermanos; no tardes en reunirse con nosotros..." "¿Y qué hacéis en ese rincón tan apacible?..." "No hacemos nada, vivimos, simplemente; hemos plantado cosas en la tierra y eso produce patatas, lechugas; hemos sembrado por todas partes las semillas de nuestra planta, las pequeñas hojas de cinco dedos crecen ya. Y tenemos libros a escala planetaria escritos por verdaderos sabios. Ven, en cuanto nos hallamos reunidos, huelga pronunciar la palabra dinero. Aquí se está bien, deja a los otros, no te preocupes de ellos, ya se nos unirán un día los que quieran, ya verás... ¡ven!..."

Ha dado la vuelta al mundo... pero qué es la vuelta al mundo, dado que el horizonte es eterno. La vuelta al mundo va más lejos que el fin del mundo, tan lejos como la vida, quizá más lejos todavía. Cuando se entrevé esto se siente un poco de vértigo, un poco de miedo. Y al mismo tiempo, lo que se entrevé ahí es tan...

¿Tan qué? No lo sé. Más lejos que el fin del mundo...

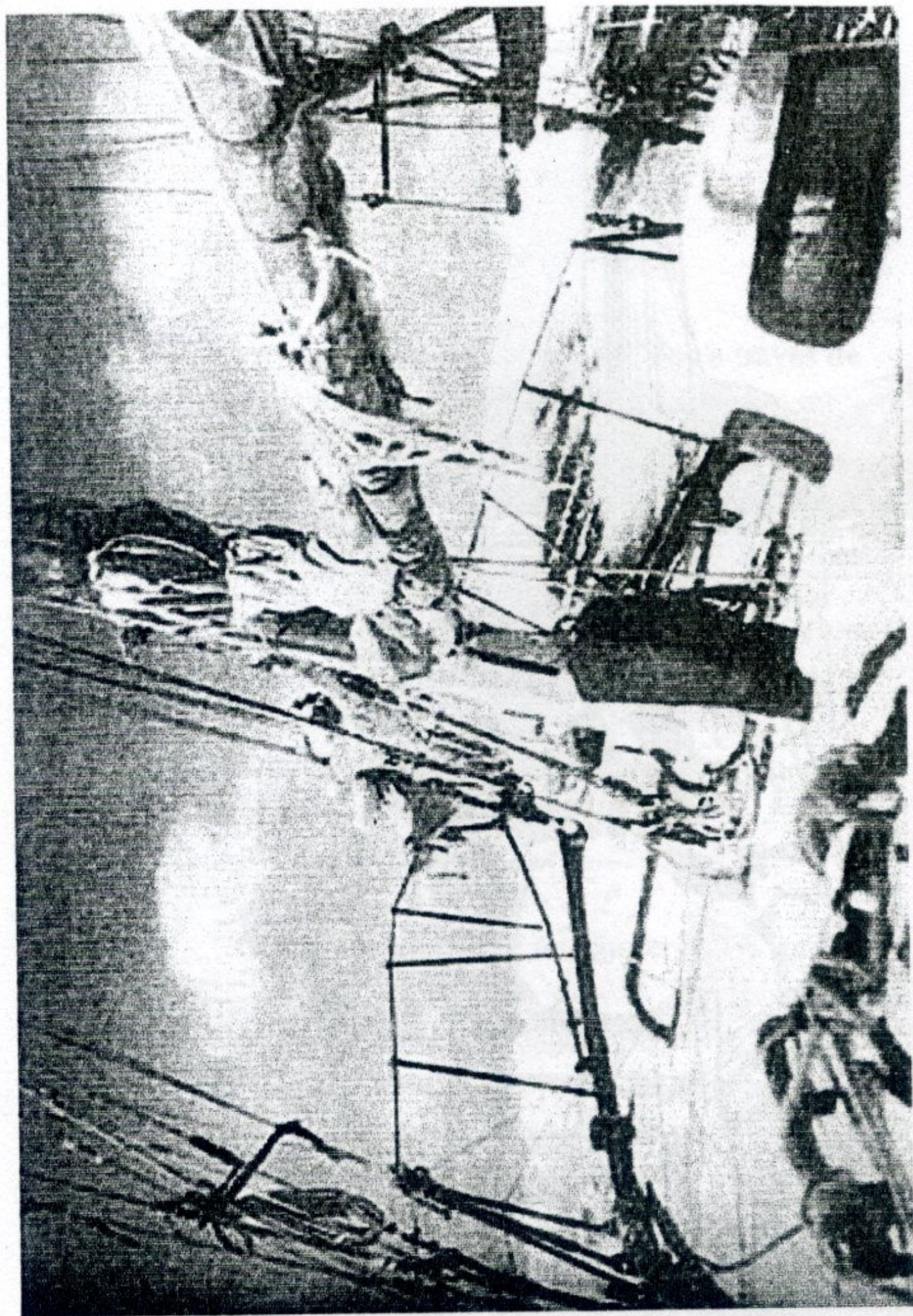
Quizás Santa Elena, incluso por largo tiempo, en lugar de Ascensión. Es una isla tan bella. Pero quizás escoja Ascensión por su inmensa playa blanca y dorada a la vez, llena de tortugas y de sol. Ya veré, tengo tiempo, y ninguna prisa por decidirme.

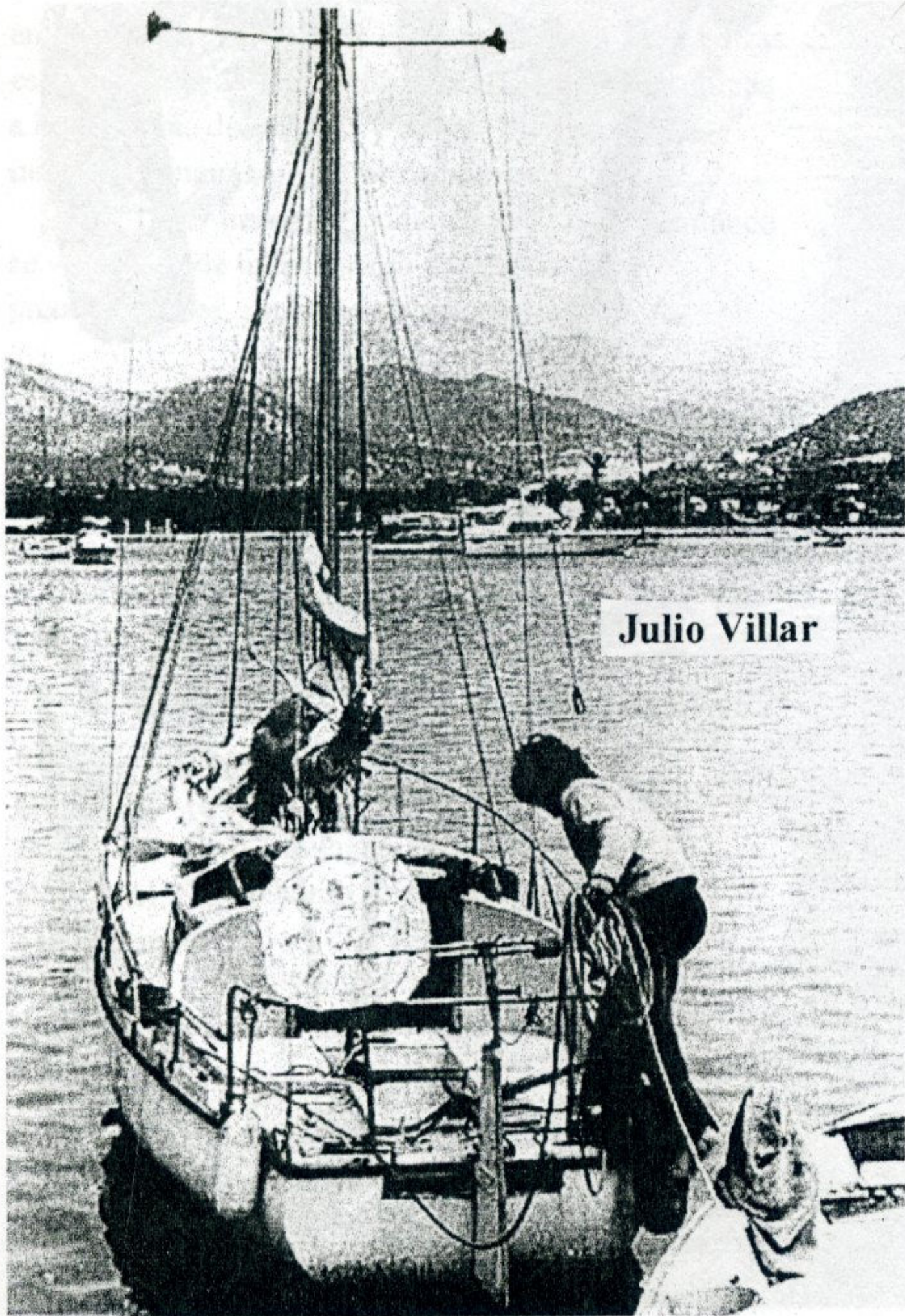
Tener tiempo... poder elegir... no saber dónde se va, pero ir de todas formas tranquilo, sin preocupaciones, sin hacerse más preguntas.

¿Pero es acaso sensato dirigirse a un lugar donde se sabe que no se encontrará la paz?

Las cosas esenciales se aguantan a veces por un hilo. Puede que no se deba juzgar a los que abandonan y a los que no lo hacen. Por la misma razón... el hilo del milagro. He estado a punto de abandonar. Sin embargo, soy el mismo, tanto antes como después.

Sueño en mi vida a la luz del cielo y escuchando el mar. Hace ya meses y meses que sueño en mi vida y, sin embargo, la vivo de verdad.





**Julio Villar**

*¡Eh, Petrel!*

Voy conmigo. Voy conmigo. Voy a través de mí y nadie me molesta y nada me distrae. Yo soy mi camino. Y mis océanos. Y mis montañas.

Mi viaje no lo podré explicar. Yo no he estado en ningún sitio.

Hoy mis ideas están agitadas. Se me revuelven como las nubes, como los pájaros, creando inesperadas y deliciosas conjeturas.

Hago descubrimientos y los voy escondiendo en los escondrijos de mi corazón.

-¡Gracias! ¡Gracias!

-¿A quién?

-Gracias a la brisa del anochecer.

De nuevo solo, ciudadano libre de los mares, único habitante de la tierra. Llevando me conmigo el hatillo de mis tristezas y de mis alegrías.

El barco avanza en silencio, con sus velas pálidas, llenas de luz de luna.

Hoy, esta noche, en estos momentos, hay un equilibrio de amor y de silencios cantarines en mi alma.

Hoy me siento un niño y no siento ningún cansancio de mi caminar por la vida. No siento ningún estremecimiento al mirar lo que serán mis pecados dentro de cien siglos.

Nada me falta, no hay nostalgias en mi alma, no dolores en mis recuerdos, ni aprensiones en mis visiones del mañana.

Quisiera que siempre, como ahora, me bastara con mi presente, sin grandes vanidades, ni especulaciones de futuros, ni ambiciones mezquinas, ni hambres innecesarias.

Noche magnífica, que dueles, que emocionas, que humedeces mis ojos, que paseas por mí unos estremecimientos de placer que me hacen reír y respirar extrañamente.

Noche magnífica, magnífica... que no me dejas dormir.

:

La tarde ha pasado sin hacer absolutamente nada. Nada de nada. He escuchado, sin darme cuenta de que estaba escuchando, el ruido que hace el agua al frotarse contra la carena de mi barco.

Y cuando el sol se ha ocultado, he hablado con un amigo y le he escrito una carta, pero sin lápiz ni papel, pues era una carta mental. Y le he contado un montón de pequeñas cosas.

Sí, hoy, una vez más, la jornada se ha pasado sin que yo haya contribuido al progreso de la humanidad. Y lo que es maravilloso es que por ello no siento ningún remordimiento.

Salgo miro el compás, corrijo la ruta, pongo tal vez, si hace falta, un tangón a un foque, y vuelvo a entrar en mi cabina, en mis sueños, en mi mundo fantástico, insólito, lejano.

Y ése soy yo, el que vuela, con mis viejos conocidos, y con esas tramas y esos momentos perezosos que se tejen de vaguedades y de episodios escuchados o vividos hace mucho, mucho tiempo.

Y ese yo, cosa increíble, es el mismo que minutos antes ha corregido su ruta, el que ha mirado el compás en medio del mar, el que vive una vida solitaria desde hace ya varias semanas.

Los personajes vuelven, se renuevan, desaparecen para siempre, hablan, proyectan, beben o

me excitan. Son viejos amigos que aparecen fugazmente, borrándose, luego, para siempre.

No duermo, me voy con ellos, abandonando el barco solo, en su buena ruta, en pleno océano, a más de mil millas de toda tierra, de toda isla, de todo ser humano. Tengo la sensación de ser infiel

Sueños humanos. Pacíficos. Tontos.

¡Vamos, Julio! No te vayas a soñar. ¡Sigue a bordo! Perteneces a tu barco. Eres del mar.

Me emociona mi cuerpo y me emocionan mis perspectivas de vida dentro de él. Y sonrío al tiempo que va a venir porque sé que lo voy a pasar conmigo, y con lo que soy, y con lo que acabo de descubrir. Me he encontrado a mí, dentro de mí, en cada parte de mi yo.

No. No hago colección de escalas, ni de países, ni de trofeos de viajero. ¡No! Busco la vida, y la saboreo, procurando no destruir sus secretos. Indonesia está ahí y ahí ha de estar siempre. Y me hace pensar y me hace soñar y me ayuda a vivir mirando hacia el futuro. Si lo veo todo ahora, ¿dónde estarán los encantos del planeta, si todo lo conozco?

Prefiero que la tierra sea coqueta y no me importa que me atormente un poco con los misterios de sus intimidades.

Tal isla existe. Dicen que es hermosa. Dicen que sus habitantes ríen. Dicen que la gente es indolente. Y esa isla que yo pienso que existe, porque he oído hablar de ella y porque la he visto en mi carta, me dice muchas cosas. Seguramente yo nunca la veré, pero el hecho de que yo piense en ella, le da un valor enorme gigantesco.

La rodean unos horizontes azules, la habitan unos hombres morenos, y su existencia vaga, remota, es ya de por sí una vibración, una realidad de la tierra.

El hacerlo todo, todo, sólo satisface la vanidad. La vanidad es algo bien agradable y mueve casi todos los mecanismos de la vida. Pero lo hecho por vanidad pierde su sentido. El alma se insensibiliza.

Un grupo de pequeños barcos se ha instalado en un rincón del puerto. Como quién dice en plena ciudad, pues están a su sombra, a pocos centenares de metros de sus grandes *buildings*. Es como un campamento de gitanos.

A lo largo de dos pequeños pontones de madera reposan unos cuantos veleros los miles y miles de millas que sin muchas prisas han recorrido sus carenas. Es algo hermoso de ver, todos esos barcos, tan variados, tan pequeños algunos, pintados de tan inesperados coloridos. Hay un ambiente que recuerda el circo.

Las amarras resbalan en pendiente dulce, combándose sobre las aguas, cruzándose entre sí, largas las unas, cortas las otras, blancas, azules, rojizas. Las amarras son los únicos lazos que unen a esos veleros y a sus tripulantes a la tierra de los hombres, y a sus necesidades, y a esa ciudad que se levanta justo por encima de sus mástiles.

Las amarras forman dibujos suspendidos sobre la superficie del agua, dibujos complicados, como delicadas telas de araña.

Me digo que un vagabundo que vuelve a la civilización con sus ojos cargados por el brillo de miles de noches pasadas bajo las estrellas, y salta dentro de esa sociedad, se ha de sentir perdido, desfasado, perplejo.

Después de haber vivido en libertad no se ven las cosas de la misma forma ni con los mismos ojos.

Cuando se ha vivido solo, en un mundo donde el hombre mostraba su cara gentil; cuando se han pasado meses y meses en la mar; cuando se han descubierto verdades en los bosques, y en las rocas, y en los gestos, y en las miradas, y cuando después se vuelve hacia los sistemas del hombre actual, uno tiene miedo, pues esas noticias monstruosas que le han llegado de vez en cuando, en el transcurso de su viaje, le han de empezar a afectar directamente

Y hablo con mi barco como si éste fuera mi conciencia.

Y a veces este barco llega a darme contestaciones tan inteligentes que me desarman o me hacen sonreír.

La verdad es que debiera de tener vergüenza de mí mismo. Después de cuatro años de vivir el presente, siempre día a día, y veces hora a hora, después de creer que había aprendido algo sobre mí mismo, resulta que, cada dos por tres, siento que me ahogo en el vaso de agua que son mis pensamientos.

Mistral, Mistral, me tienes que explicar muchas cosas antes de que terminemos nuestro viaje.

Los ruidos de mi barco forman parte de mis días y de mis noches. Me son más que familiares. Los llevo metidos en mi cuerpo y en mi alma. Como llevo metidos en mi alma el ronroneo del tiempo que corre, el flujo y reflujo de mis recuerdos o las vibraciones de mis pensamientos.

Mis días son pasar de olas, y canción del viento, y resbalar de aguas.

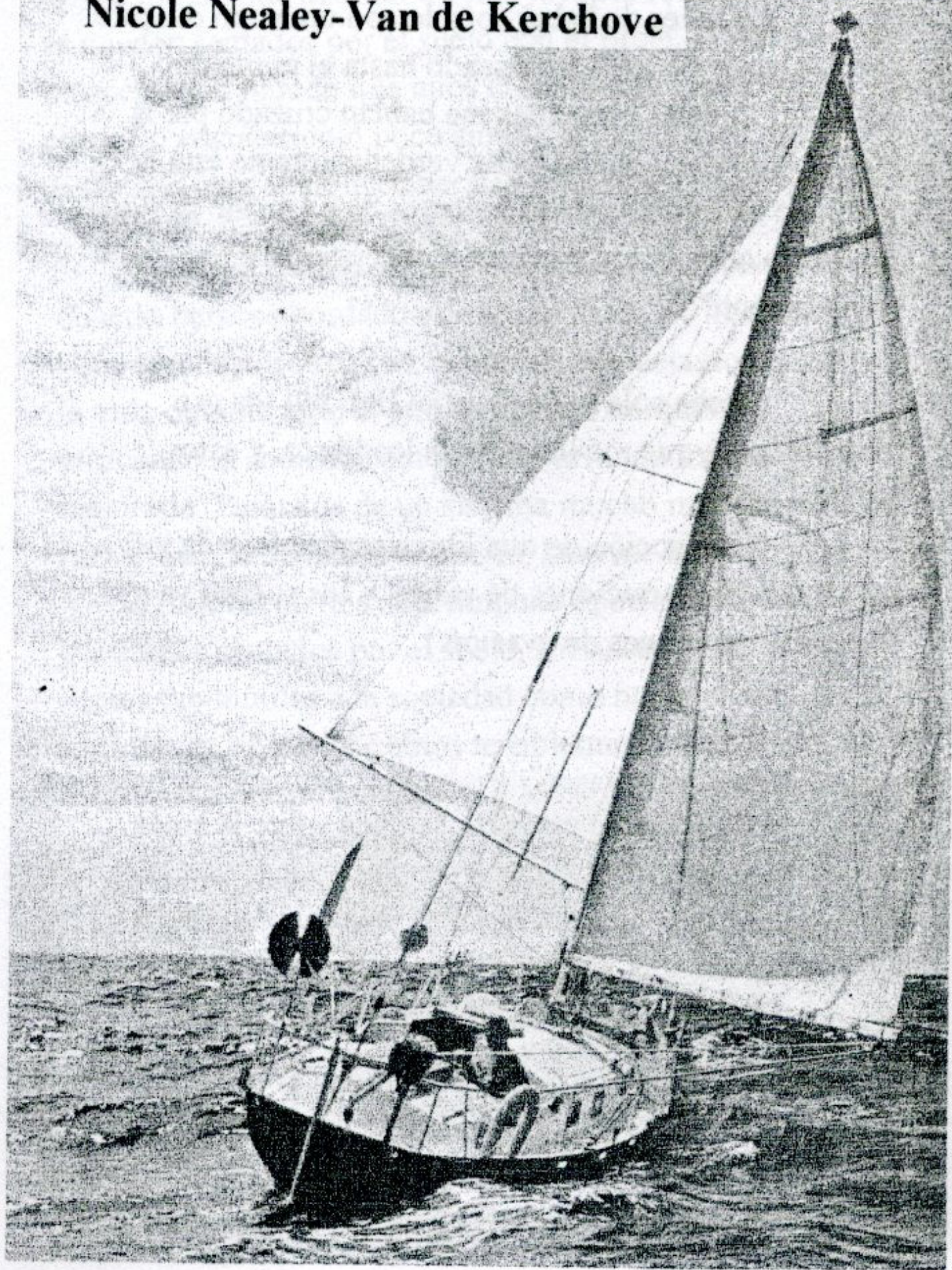
Pero nada de esto es ruido. Todo esto es vida. Mi vida. Mi barco que remonta la mar con una poesía de fondo y con un repetirse de ondas y de espumas.

Mi vida es un repetirse de días y de noches, sin principio ni fin. Los días no me asustan. Procuro vivirlos. Sentirlos. Escucharlos. Los voy llenando de pequeñas cosas muy importantes. Chocar de olas, nostalgias, silbar del viento, y temblores de drizas contra el mástil.

Los ruidos de mi barco son como los monólogos de los árboles al dejarse abrazar por el viento.

Al remontar el alisio, los ruidos y los colores tienen los ecos de la esperanza, y las sonrisas de una vida llena de sentidos.

**Nicole Nealey-Van de Kerchove**



Después de haber soñado con un barco durante años enteros, de haberlo deseado hasta el punto de conseguirlo, unas preguntas me habían cruzado por la mente: "¿Me va a gustar? ¿Es verdaderamente ésta la vida que quiero, o he corrido detrás de un sueño nacido de demasiados libros y que va a decepcionarme terriblemente?"

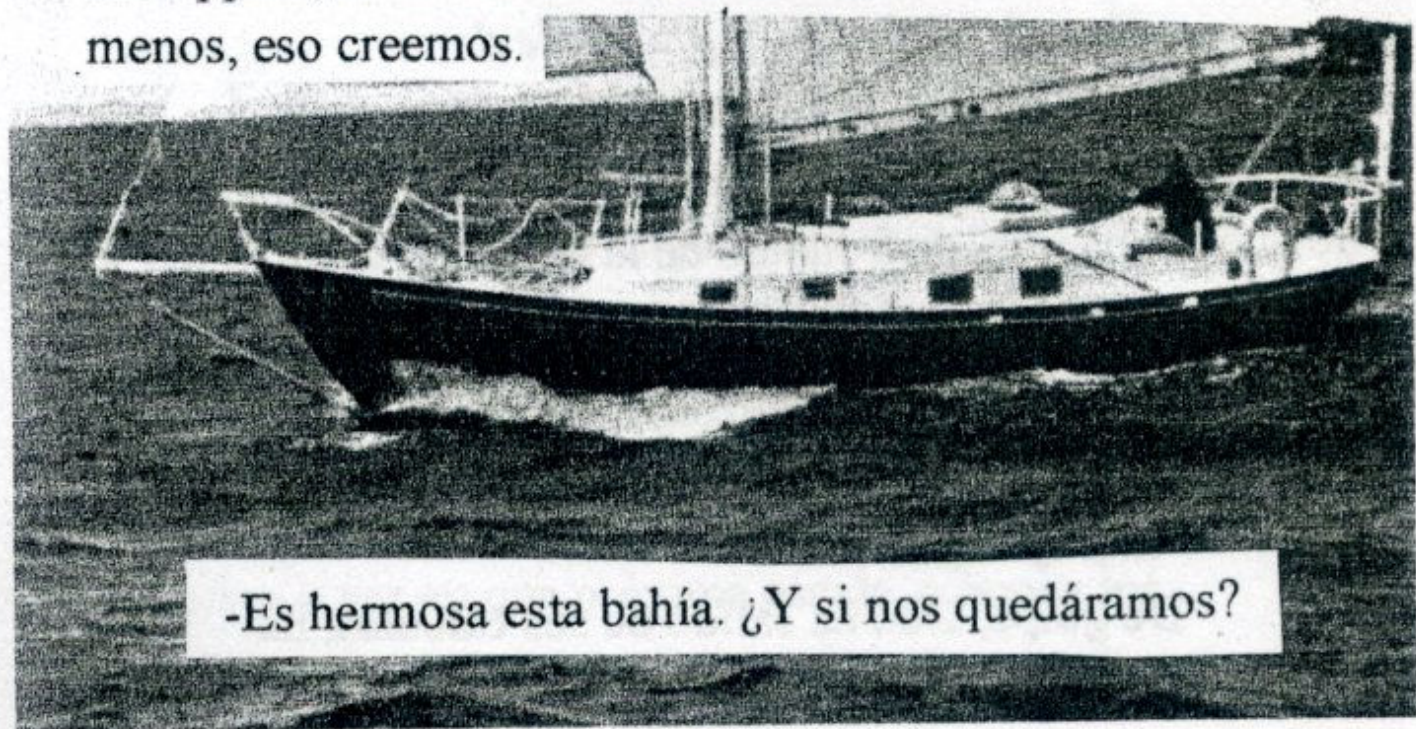
Estaba sola y me aburría. Bendito sea ese aburrimiento, que me llevó hasta los libros, y éstos, hacia el soñar...

(La elección de mis libros se dirigía cada vez más hacia las narraciones de viajes, y los sueños ya no llenaban mis deseos de evasión.)

—  
Es agradable estar así, sentada sobre la arena, con dos centímetros de vino en mi vaso, aquí, en Bartolomew. ¿Yo una solitaria? ¡Vamos, hombre!... Si hubiera estado sola, mi cena habría sido las sobras de cualquier cosa en una cacerola, quizá ni siquiera recalentadas, y mi velada, un libro en una litera de mi barco. Quizás incluso me habría olvidado de mirar a la luna, que se levanta por detrás de las rocas, toda de color naranja.

También hay, en pequeños grupos, *hippies*. Mi lógica me impide admirar a estos jóvenes idealistas que se quedan sentados por el suelo con el pretexto de que no aceptan el mundo que unos cretinos han hecho para ellos. Lo encuentro un poco simplista y más bien un camuflaje para su holgazanería.

¡Qué carcajada, un poco más tarde, con Don, cuando hemos abordado este tema! Pues, de hecho, ¿qué somos nosotros? Sí, nosotros, que dejamos pasar la vida durante todo el año en nuestro barquito, criticando la sociedad sin por ello levantar un dedo para mejorarla. Parásitos de un sistema mucho más fácil de juzgar que de ayudar. Por suerte, Don me hace observar que el *Esquilo* no nos deja ninguna oportunidad de quedarnos sentados por el suelo, sin hacer nada. Si bien somos tan inútiles a la sociedad como nuestros amigos los *hippies*, al menos somos terriblemente activos. O, al menos, eso creemos.



-Es hermosa esta bahía. ¿Y si nos quedáramos?

La vegetación. Los árboles, me atraen. Hay incluso una pequeña fuente que pasa por debajo de unos bosquecillos de color rosa... Nos imagino viviendo aquí en una casita, con gallinas, perros y gatos, en Whangamumu. El tiempo que dura un sueño despierto..., y el deseo de quedarme se me ha pasado. Nuestra casa es el Esquilo; mañana estaremos en otro sitio, en otra bahía quizá aún más hermosa que ésta. No tenemos necesidad de comprar un pedazo de tierra... Cada sitio que descubrimos es profundamente nuestro por algunas horas o algunos días, hasta que tengamos que ir a otro lugar.

¿Es esto lo que se llama libertad?

Así pues, por encima del mamparo que separa la litera grande de la mesa de cartas, observo como Don calcula las alturas. Metódicamente, con gestos hechos miles de veces, abre los libros, sigue con el dedo las columnas, anota, suma...

*-There!... Subtract... plus little d...*

Entre las palabras, sus labios se siguen moviendo. Está tan absorto, que nunca se dará cuenta de que le observo, disfrutando de la contemplación de sus gestos y de sus cabellos demasiado largos, que caen en mechass de forma de tirabuzón, descoloridas por el sol.

*-Cup of coffee?*

De golpe, Don ha salido de sus cálculos, ha caído de sus estrellas. Sonríe, feliz, y no sé si es a mí o a la taza de café...

¡Ah, si tuviese un buen libro!... A fuerza de intercambiar mis "libros de bolsillo" en cada escala, me encuentro ante una colección de infames novelas policiacas, yo que les tengo horror. Sin embargo... Aún detestándolas de la primera a la última página, maldiciéndome a mí misma por hacerlo, sé que, de todas maneras, acabaré por leerlas todas. Al llegar, a la última página de una obra más abominable que las otras, he lanzado el libro con fuerza por la borda.

- Un libro tan idiota es un insulto a quien lo lee -he dicho bajito, para no despertar a Sabrina. ¡Qué a gusto me he sentido! Hasta el momento en que me he dado cuenta de que había contaminado nuestro maravilloso arrecife con este horrible libro que ahora flota en él.

Eckart, Tamara, Marcus, Vera y Old John están en el muelle, bajo una lluvia fina. Ray, que fue el primero en acogernos, nos larga la última amarra. Curiosa vida la nuestra. Nos encontramos con personas que se convierten en nuestros amigos, y los dejamos antes incluso de conocerlos bien. Pueblan nuestros recuerdos, breves encuentros en cada puerto. Quizá los volveremos a ver en una próxima escala, o nunca más.

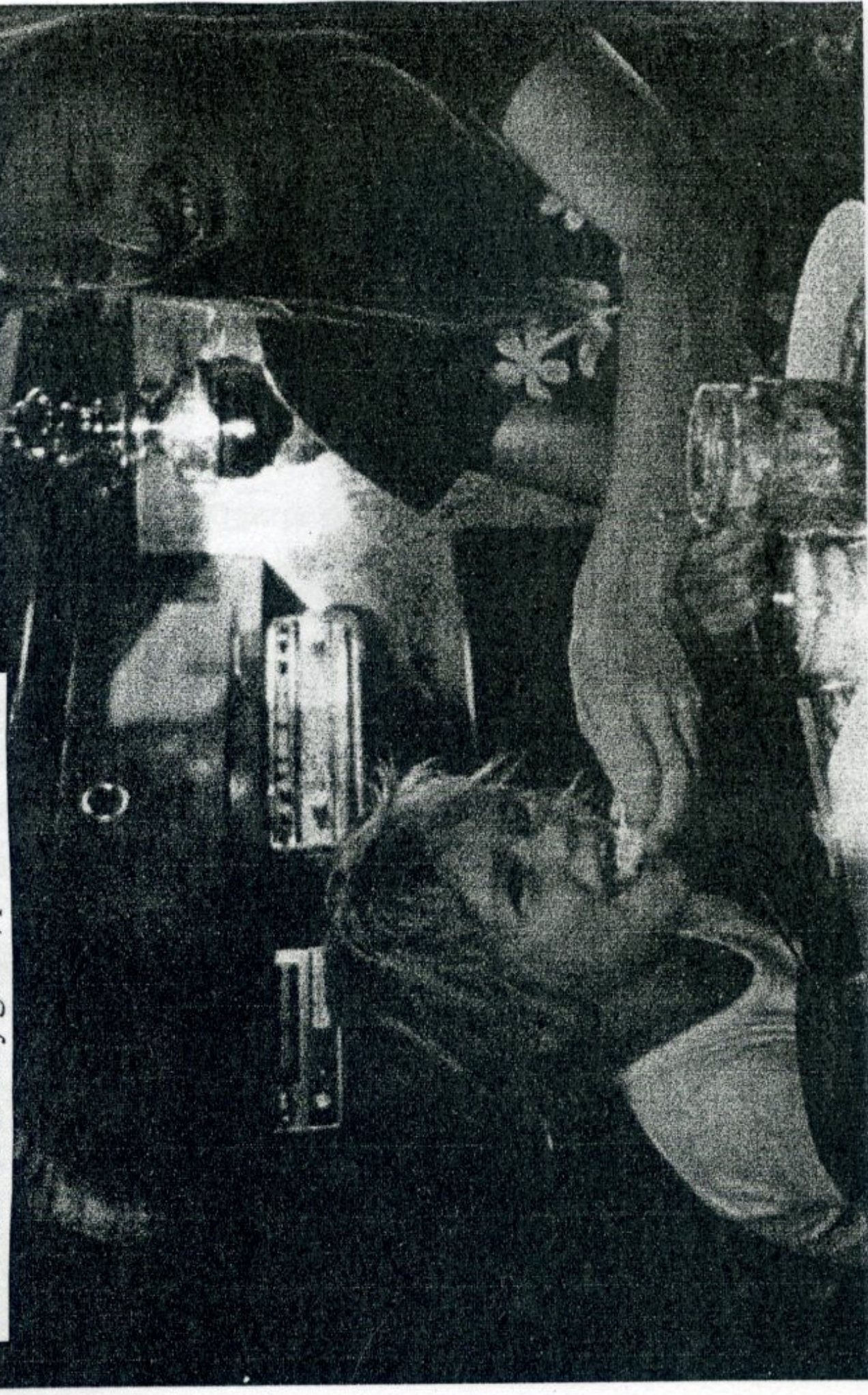
Antes de que el faro fuera automático, nos explica el viejo Jack, el guardián fue despertado una noche por el griterío súbito de todos los alcatraces. ¿Por qué se habían despertado? El guardián se dio entonces cuenta de que el faro se había apagado.

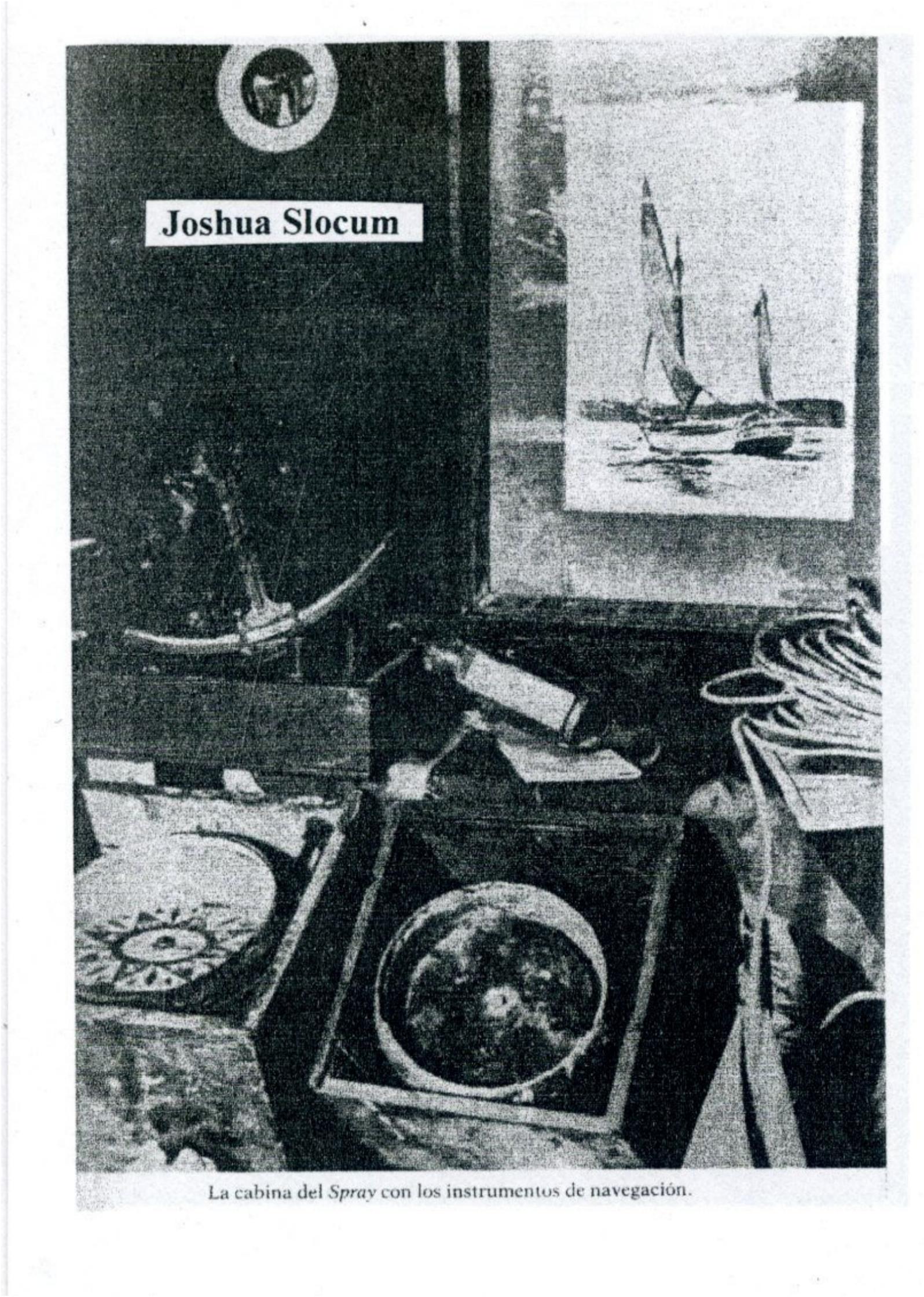
Ya está: aviso de tormenta. El *speaker* tiene una voz tranquila y agradable, y me lo imagino instalado confortablemente en un sillón, leyendo sus *gale warnings* mientras piensa en la tarta de manzana que su mujer ha hecho para postre. ¡Tanto peor: continuamos! A partir de Knysna hay pocas oportunidades de que encontremos un abrigo en la costa.

En este 5 de Abril de 1975 estamos al norte del sol... ¡Esto bien vale una botella de vino! Nunca abrimos una botella sin algo que celebrar, como una salida o una llegada, la mitad del camino (en tiempo o en posición), el paso del ecuador, el paso del "pliegue" de la carta, el paso de la luna o del sol en latitud, aniversarios (comprendidos los de la familia y de los amigos), días de fiesta civiles y religiosos, paso de las "mil millas" del punto de partida o de llegada, etc. Los días no comprendidos en esta lista son extraordinariamente raros y, por lo tanto, podrían muy bien ser celebrados como tales.

suerte, los amigos no han cambiado.

Todo esto no es muy grave, puesto que, por





**Joshua Slocum**

La cabina del *Spray* con los instrumentos de navegación.

A los que dijeron: "El *Spray* volverá."

El día que zarpé de Gloucester el tiempo era agradable. Al salir de la caleta, sobre la punta de enfrente divisé un cuadro muy animado, pues la fachada de la alta fábrica que allí se alzaba era un continuo flamear de pañuelos y de gorras. Caras bonitas se arracimaban en las ventanas, desde lo más alto hasta la planta del edificio, todas sonriéndome "*bon voyage*". Algunas me gritaron que a dónde iba y por qué solo. ¿Por qué?

En alguna parte había leído que una goleta de pesca que arrojó accidentalmente su ancla sobre el lomo de una ballena, donde quedó clavada, fue remolcada por el animal una larga distancia, a gran velocidad. ¡Eso fue exactamente lo que le sucedió al *Spray*!... en mi sueño.

Poco antes de anochecer levantó la niebla y pude ver el sol precisamente cuando su encendida faz besaba la mar. Tras contemplar su zambullida y desaparición, dirigí la mirada hacia el Este, y allí, aparentemente en la misma extremidad del bauprés, me sonreía una magnífica luna llena que se remontaba majestuosa sobre el mar. El mismo Neptuno emergiendo por mi proa no me hubiera sorprendido tanto.

-¡Buenas noches, señor! -le grité-. Me alegro de verle.

Desde entonces he sostenido largas charlas con el hombre en la launa, que se ganó mis confianzas durante el viaje.

No tuve dificultades con el cocinero, y la norma del viaje fue que él tampoco las tuviera conmigo. Nunca hubo barco con una tripulación mejor avenida.

Vi claramente que no había momento que desperdiciar y que si fracasaba ahora todo podría perderse. Salté sobre los guiones de los remos, icé el ancla por encima de mi cabeza y la arrojé al agua, en el momento preciso en que el chinchorro zozobraba. Me agarré a la borda y no la solté hasta que el bote quedó boca abajo, porque de pronto recordé que no sabía nadar.

Después prorrumpió en una andanada de preguntas; primero quería saber de dónde era mi barco y cuántos días había tardado en llegar. Después me preguntó qué hacía yo allí, en tierra, tan temprano aquella mañana.

-Tus preguntas son fáciles de contestar —le repliqué—; mi barco viene de la Luna, le ha llevado un mes el viaje, y está aquí par recoger un cargamento de muchachos.

En cualquier caso, la única línea de acción disponible para mi seguridad presente era ponerme a correr por delante del viento.

Aquella noche fondeé algunas millas más lejos, en la ensenada de Lángara, donde al día siguiente descubrí restos de un naufragio y mercancías traídas por la mar. Trabajé durante todo el día para rescatar y llevar a la balandra un verdadero cargamento. La mayor parte de aquellas mercancías eran sebo en barricas y bultos de donde habían escapado aquéllas, y envuelto en algas encontré un barril de vino, que también remolqué hasta el costado. Lo icé todo a bordo con las drizas de boca, tomando vuelta al molinete.

“¿No sabes —le grité—, no sabes que no puedes trepar a los árboles?”. Pero el pobre y viejo Spray había ensayado en el estrecho de Magallanes, y además con éxito, casi todo lo demás, de manera que mi corazón se enterneció al pensar en las cosas que había tenido que sufrir. Es más, había descubierto una isla. Esta que bojeó tres veces seguidas figuraba en las cartas como una punta de tierra. La bauticé, pues, isla de Alan Erric, según un distinguido literato que conocí en extrañas circunstancias y le puse por lema: “No pisar la hierba”, lo que, como descubridor, quedaba dentro de mis derechos.

Mi tiempo estuvo bien empleado todos esos días, pero no al pie del timón; creo que nadie podría permanecer de pie o sentado a la caña, gobernando un barco que diese la vuelta al mundo. Hice algo mejor que eso: me sentaba y leía libros, arreglaba mis ropas, o preparaba las comidas y las tomaba en paz. Ya había descubierto que no era bueno estar solo, así que me hice acompañar por cuanto me rodeaba, a veces del Universo entero, otras con mi propia insignificancia; pero los libros fueron siempre mis mejores amigos; todo lo demás era secundario. Nada resultó más fácil o descansado que mi viaje en alas de los alisios.

El 1 de febrero de 1897, al regresar a mi barco, encontré que me aguardaba una curiosa carta de simpatía, que transcribo a continuación:

“Una dama envía al señor Slocum el billete de cinco libras incluido, como señal de aprecio por su valentía al cruzar los anchos mares en un barco tan pequeño, solo, sin que la humana simpatía pueda ayudarle cuando amenaza el peligro. Deseándole el mayor éxito.”

Hoy sigo sin saber quién la escribió o con quién estoy en deuda por el generoso regalo que contenía.

El *Spray* había navegado durante varias horas de incertidumbre para mí, sin duda en contra de una corriente. Casi desesperado por las dudas, agarré la rueda para hacer caer al barco hacia fuera de tierra, cuando por la proa relampagueó sobre él aquella luz.

¡Albricias!, gritó toda la tripulación, llena de gozo, y seguí navegando.

MI navegación por estima había terminado, así que trepé al palo, y, desde la mitad de su altura, vi por la proa un grupo de cocoteros que parecía alzarse directamente desde el agua. Esperaba ver precisamente aquello, y, sin embargo, me emocionó tanto como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me deslicé por el mástil temblando bajo las más extrañas emociones, y, no pudiendo resistir el impulso, me senté en cubierta y di rienda suelta a mis emociones. Para quienes se hallen en tierra, en cualquier salón, esto podrá parecerles, sin duda, debilidad, pero estoy relatando la historia de un viaje en solitario.



Con viento favorable y el tiempo claro propio de la estación, surcar el canal de la Gran Barrera era, con toda sinceridad, más fácil que el discurrir del tráfico por las avenidas de una gran ciudad, y mucho menos peligroso. Pero a cualquiera que proyecte este viaje yo le diría que tuviese cuidado día y noche con los arrecifes, pues de otra manera sería preferible que se quedara en tierra.

T. Foran

Leyendo día y noche.

De las islas vino todo el mundo, jóvenes y viejos, y el gran vestíbulo del gobernador se llenó de gente. Todos cuantos podían sostenerse en pie bailaron, mientras los niños de pecho yacían amontonados en los rincones del salón, contentándose con mirar. Mi pequeña amiga Ofelia bailó con el juez. Como música, dos violinistas rascaron una y otra vez la antigua y buena tonada de *No iremos a casa hasta mañana*. Y no fuimos.

El gobernador de Rodríguez, que con la mayor amabilidad me había dado, además del correo regular, cartas particulares de presentación para sus amigos, me dijo que al primero que encontraría sería al señor Jenkins, del servicio de Correos; una excelente persona.

-¿Cómo está usted, señor Jenkins? —le saludé cuando sus barco se aproximaba para abarloarse al costado.

-Pero usted no me conoce —dijo él.

-¿Por qué no? —repliqué.

-¿De donde viene la balandra?

-De dar la vuelta al mundo—respondí, ahora muy solemnemente.

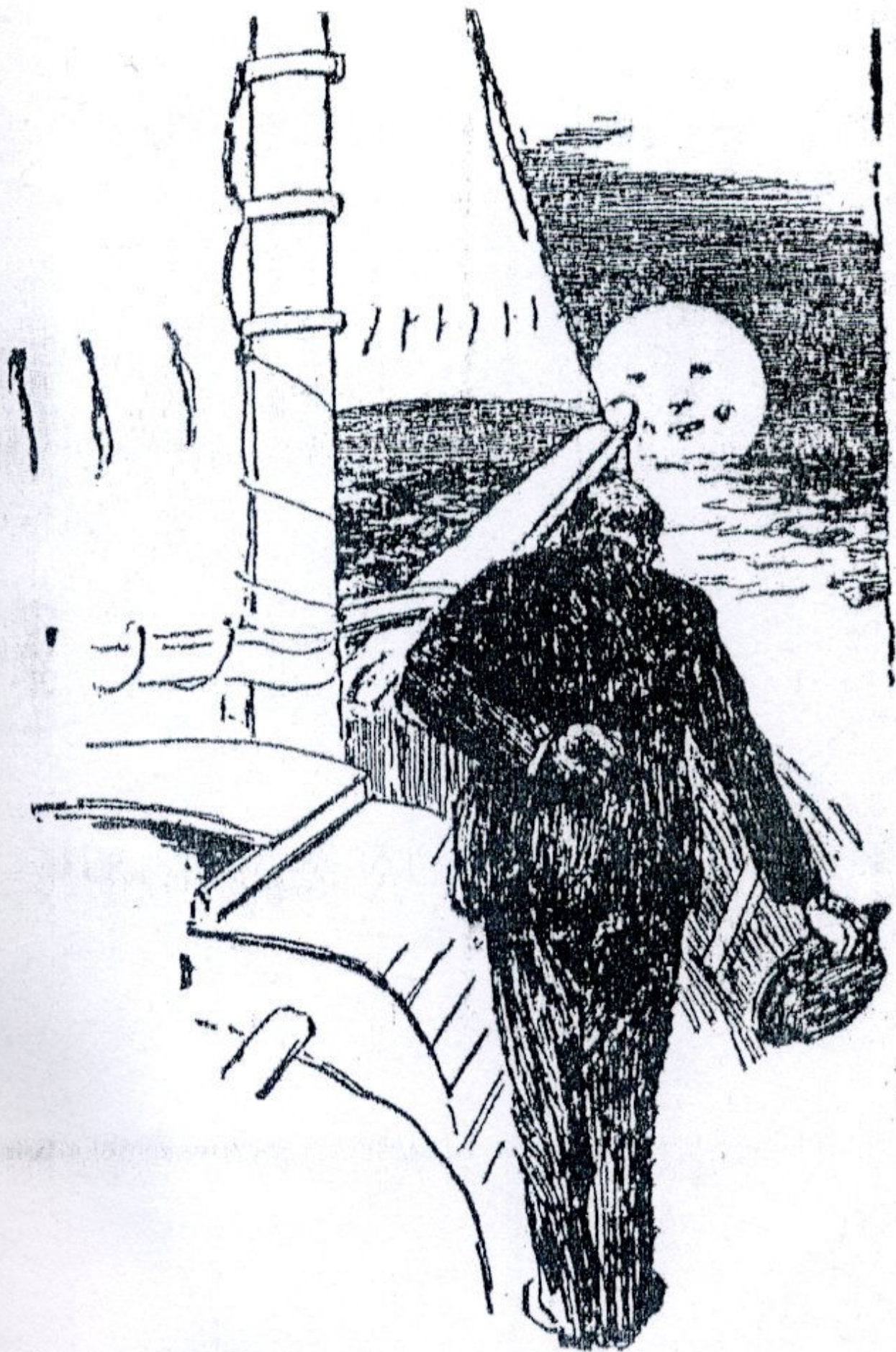
-¿Solo?

-Sí, ¿por qué no?

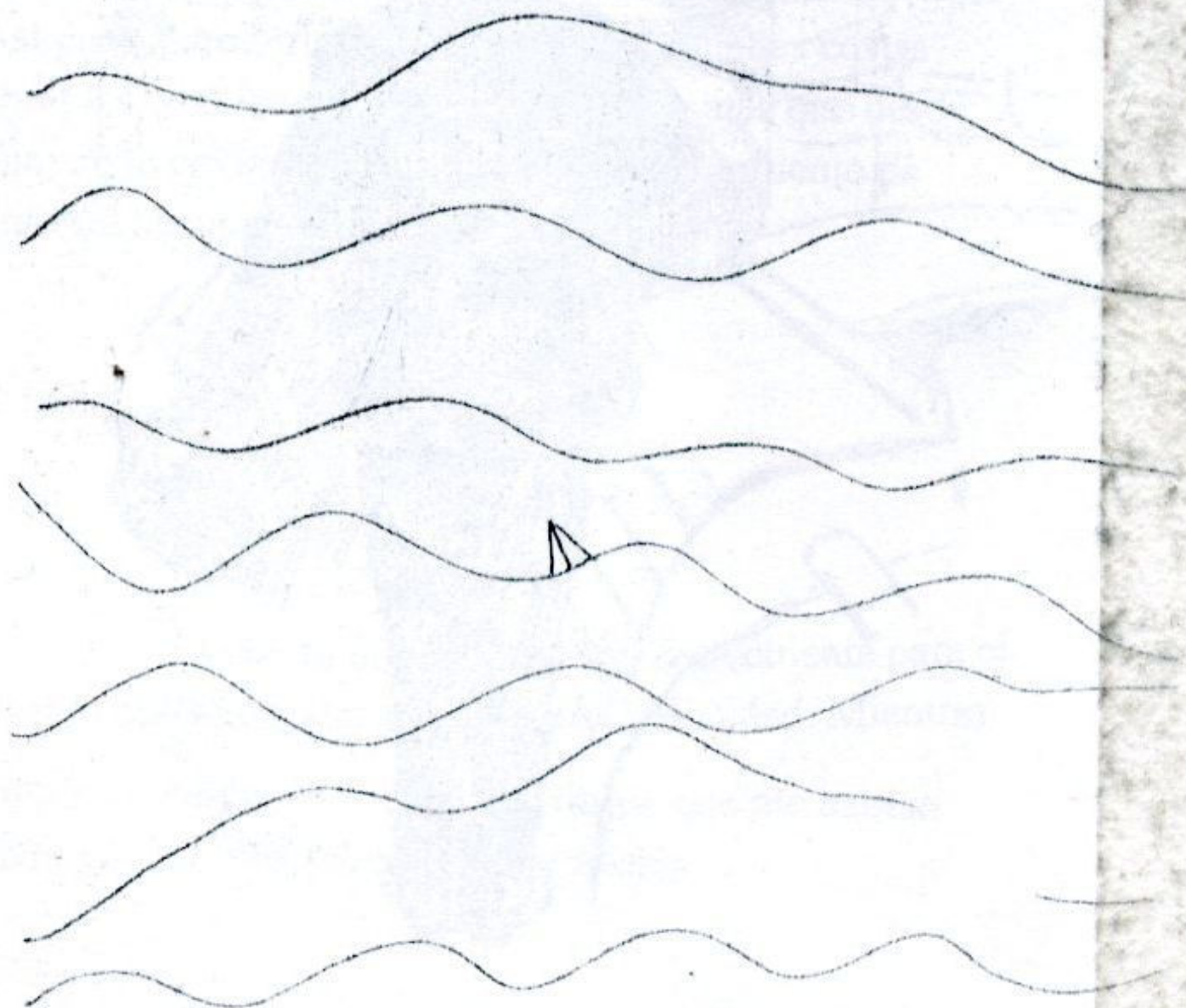
-¿Y me conoce usted?

Dos días después, habiendo recuperado la distancia perdida con la borrasca, el *Spray* doblaba el cabo de las Agujas, en compañía del vapor *Scotman*, ahora con el viento a favor. El farero de dicho cabo cambió señales con el *Spray*, y después me mandó una carta a Nueva York felicitándome por haber rendido viaje. Creía que el hecho de que dos barcos de tan diferentes tipos pasaran juntos su cabo merecía un lugar en la tela, y ya tenía hecho el cuadro. Eso me decía en la carta. En faros tan solitarios como éste, los corazones se tornan más amistosos y solidarios, e incluso poéticos. Así pudo percibirlo el *Spray* frente a muchas costas abruptas, y al leer yo los amables mensajes que desde ellas se le enviaron, experimenté un sentimiento de gratitud hacia el mundo entero.

El viento era del Sudeste, conveniente para el *Spray*, que navegaba a su máxima velocidad. Mientras yo me sumergía en los nuevos libros que me habían dado en El Cabo, leyendo día y noche.



“¡Buenas noches, señor!”



DUERMEVELA